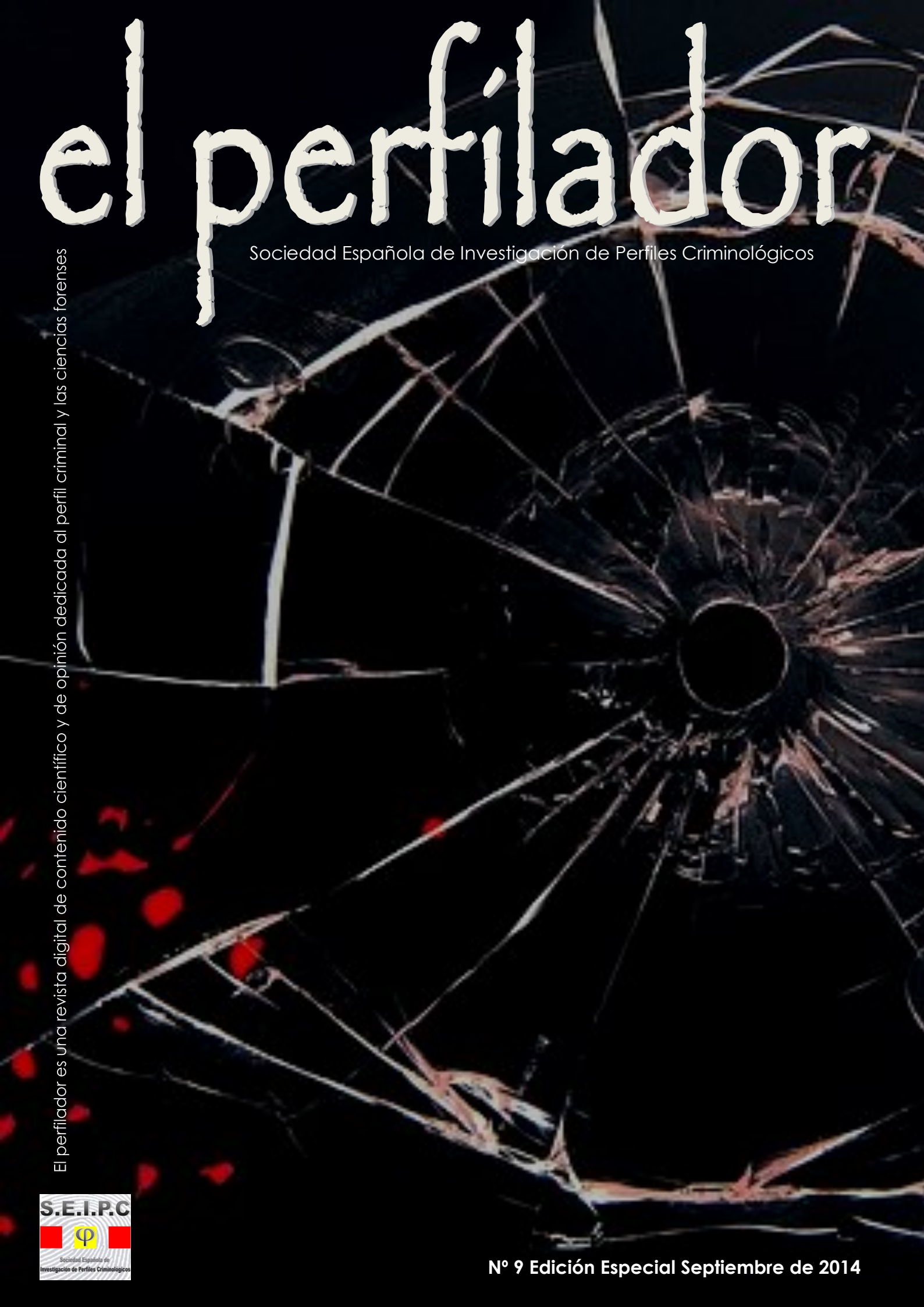
el perfilador

Sociedad Española de Investigación de Perfiles Criminológicos

El perfilador es una revista digital de contenido científico y de opinión dedicada al perfil criminal y las ciencias forenses



Nº 9 Edición Especial Septiembre de 2014

SUMARIO

el perfilador

Es la revista digital de la **Sociedad Española de Investigación de Perfiles Criminológicos** dedicada al estudio y divulgación del perfil criminal y las ciencias forenses

EDITA: SEIPC
DIRECCIÓN: Javier Campo González
PORTADA: © 2014 ~ Pixabai

COLABORADORES EN ÉSTE NÚMERO
Sergio Montes García
Joan Carles Rodríguez Alay
David Garriga Guitart
Ervin Norza Céspedes
Mabel Sánchez de Villagra
Gabriel Alberto Letaif

Los Derechos de Edición de ésta publicación son propiedad de **SEIPC** dedicada a la investigación criminológica, y que fue constituida el 2 de febrero de 2009, siendo su fecha de inscripción en el Registro Nacional de Asociaciones del Ministerio del Interior el día 7 de octubre de 2009 con el número 593474 e inscrita en el Registro Mercantil de Madrid con el número G85843086.

Depósito Legal: T-306-2012
ISSN: 2014-5985
www.seipc.eu

S.E.I.P.C

Sociedad Española de
Investigación de Perfiles Criminológicos

AVISO LEGAL
Todas las opiniones expresadas en los artículos de ésta revista son exclusivamente del autor, siendo éste el único responsable de la veracidad o exactitud de los mismos, así como de la legalidad en la obtención de la información.

Pag. 3 El Prolegómeno
por Javier Campo González

Pag. 4 Sectas Destructivas
por Sergio Montes

Pag. 29 Tut-Ank-Amón
por Joan Carles Rodríguez Alay

Pag. 54 Perfil del Terrorista Individual
Por David Garriga Guitart

Pag. 62 La Perfilación en Colombia
por Ervyn Norza Céspedes

Pag. 90 La Autopsia Psícológica
por Mabel Sánchez de Villagra

Pag. 123 La Perfilación en Delítos Informáticos
por Gabriel Alberto Letaif

Pag. 143 En la Mente del Terrorista
por Mario de la Calle

Pag. 160 Libros Recomendados
Redacción

publicaciones@seipc.eu

Tut-Ank-Amon
Una escena del crimen de más de 3000 años

Joan Carles Rodríguez Alay
Arqueólogo.
Secretario General de la Societat Catalana d'Arqueologia (SCA) e investigador del Seminari de Recerques Prehistòriques (SERP) de la Universidad de Barcelona (UB).
Director de Investigación de SEIPC

Hay unos pocos personajes históricos que constantemente están presentes en nuestra vida cotidiana. Aparecen en documentales y libros pero también en los periódicos, televisión, anuncios publicitarios, novelas y películas de ficción. El faraón Tut-ank-amón es uno de ellos. Tesoros, maldiciones y conspiraciones se amontonan a su alrededor. Difícilmente no haber sabido de él y probablemente no transcurra un mes sin que nos vuelva a sorprender. Y sin embargo, siendo alguien a quien tanto creemos conocer en realidad sabemos muy poco.
Este artículo, que se suma a los miles ya existentes, pretende aportar un poco más de conocimiento sobre Tut-ank-amón insistiendo en un aspecto que a menudo se ha tratado de forma superficial: los robos que se produjeron en la tumba poco tiempo después de dar sepultura al faraón.
La obligada limitación espacial del artículo no permite una relación exhaustiva de los múltiples indicios identificados debiéndome restringir a los que he considerado más significativos. La estructura narrativa se ha ajustado en lo posible a lo que sería en la actualidad un análisis de perfilación criminológica.

I.- VICTIMOLOGIA: Contexto histórico

Hacia el año 1550 aC los antecesores de Tut-ank-amón expulsaron definitivamente a los hicsos del delta del Nilo. El faraón Amosis no se limitó a tomar su capital, Avaris, sino que en su persecución llegó hasta Palestina e inició también la expansión hacia el sur. Empezó de este modo a forjar el

denominado Imperio Nuevo y a la par la XVIII dinastía de los faraones. Sus sucesores consolidaron y ampliaron estas fronteras, conquistando o convirtiendo en tributarios territorios que abarcaban desde Creta y Kharu (en la actual Siria), por el norte, el Eufrates (en el actual Irak), por el este, y Kush (en el actual Sudán) hasta la cuarta catarata del Nilo, por el sur. Con el poder del faraón creció el de los sacerdotes de Amón, destinatarios de gran parte del inmenso botín. Probablemente fuera esta una de las principales razones por las que Amenofis IV decidiera emprender su "revolución" monoteísta en la que Atón desplazó a Amón y a todos los demás dioses.

Amenofis IV se convirtió en Akenatón e hizo construir una nueva capital, Aketatón (Tell-al-Amarna). Sin entrar en cuestiones ideológicas y políticas, es innegable que todo este proceso ocasionó graves tensiones sociales e importantes pérdidas económicas y territoriales. Tras sus diecisiete años de reinado (del 1353 al 1336 aC) dejó una situación francamente difícil que heredó Semenejkara. Mucho se ha discutido y sigue discutiéndose sobre quién era este faraón que parece gobernó tan solo dos años. Hay quien opina que se trataba de la propia reina viuda de Aketatón, Nefertiti.

Finalmente fue el príncipe Tut-ank-atón, hijo probablemente de una concubina de Akenatón, quien asumió el poder siendo todavía niño. Gobernó Egipto durante aproximadamente una década (sobre los años 1333 aC al 1323 aC). Su reinado se legitimó al contraer matrimonio con su hermanastra Ankesenatón, hija de Akenatón y Nefertiti.

La situación seguía siendo muy difícil y se hacía imperante la normalización. Se emprendieron tareas de restauración y en el segundo año de su reinado se restableció el culto a Amón, trasladándose de nuevo la capital a Menfis y volviendo Tebas (actual Luxor) a convertirse en el centro religioso del país. El faraón y su esposa cambiaron sus *nomen* por los de Tut-ank-amón (*Viviente imagen de Amón*) y Ank-esen-amón (*la que vive por Amón*).

A pesar de que sufrió la *damnatio memoriae* (eliminar todo lo que le recordara) por parte de sus sucesores, se han identificado numerosos monumentos (estatuas, estelas,..) que atestiguan esta labor. También dedicó esfuerzos a consolidar las debilitadas fronteras, llevando a cabo al menos dos campañas militares aunque no es probable que participara personalmente en las mismas.

Habida cuenta de la niñez del faraón, tendría unos seis años cuando le entronizaron, quienes en realidad llevaron las riendas del gobierno fueron el sumo sacerdote, visir y administrador principal Ay, padre de Nefertiti y abuelo de Ank-esen-amón, y el general Horemheb, comandante en jefe de los ejércitos. No faltaron las tensiones entre ambos.

El faraón falleció inesperadamente cuando apenas contaba con diecisiete años de edad. Habida cuenta de las circunstancias nunca ha dejado de barajarse la posibilidad de que el joven faraón fuera asesinado. Desde el punto de vista del profiling, no hay duda en calificarle como víctima de alto riesgo. Sin embargo, a pesar de las múltiples investigaciones realizadas hasta la fecha todavía se ignoran las circunstancias de su muerte.

Le sucedió Ay, quien murió tras cuatro escasos años de gobierno. Horemheb tomó entonces el poder e inició la dinastía de los ramésidas, una de las más poderosas de Egipto.

La reiterada situación socio-político-económica del momento multiplicó exponencialmente el riesgo de que la rica tumba real fuera saqueada.

II.- ANÁLISIS DE LA ESCENA DEL CRIMEN
Secuencia de los hechos

A fin de facilitar la comprensión del análisis que nos ocupará y sin impedir que posteriormente desarrollemos las distintas hipótesis, merece la pena referir sintéticamente los acontecimientos.

Entre los meses de enero y marzo del año 1323 aC, siempre aproximadamente, murió Tut-ank-amón[1]. Su tumba no estaba terminada, decidiéndose utilizar otra que sí lo estaba. Esta tumba privada se adaptó precipitadamente para el enterramiento real.

Entre 1323 y 1319 aC se produjeron una primera serie de robos. Los hechos fueron descubiertos y la tumba se reparó volviéndose a sellar. Poco tiempo después se sucedieron una segunda serie de robos. Se sorprendió a los ladrones y clausuró de nuevo la tumba.

Los expolios no se reiteraron y parece que se olvidó su ubicación. Así entre 1151 y 1143 aC se edificaron justo encima las cabañas de los obreros que construían la tumba de Ramsés VI sin que se advirtiera su existencia. Al desmontarse la necrópolis real, en el año 1000 aC aproximadamente, se omitió la tumba de Tut-ank-amón.

Nada más sabremos de la misma hasta que el 4 de noviembre de 1922, la expedición arqueológica de Lord Carnarvon descubrió el primer escalón de acceso.

Este descubrimiento ha sido tratado hasta la extenuación y no voy a reiterarme. Únicamente unas líneas sobre aspectos poco divulgados de algunos miembros del equipo por su interés desde el punto de vista criminológico.

[1] Según concluye el Informe sobre las coronas de flores encontradas en los féretros de Tut-ank-amón de P.E. Newberry el faraón fue enterrado entre mediados de marzo y finales de abril (CARTER, H (1985), Apéndice 2, pàg.285).

Howard Carter (1874-1939) dirigió el equipo y está reconocido como el descubridor de la tumba. Anteriormente, ocupó durante cinco años (1900-1905) el cargo de inspector general de Monumentos del Alto Egipto. En el ejercicio de sus funciones tuvo que enfrentarse en ocasiones con los modernos saqueadores de tumbas. Destacar su intervención cuando se produjo el robo de la tumba de Amenofis II y consiguió identificar a los responsables por una huella de sandalia localizada en el lugar de los hechos.

Alfred Lucas (1867-1945), quien trabajó en la consolidación y restauración de los objetos hallados. Fue químico del Servicio de Antigüedades y requerido más de una vez a colaborar en la resolución de hechos criminales mediante el análisis de los indicios. Carter le encargó un informe sobre los posibles robos ocurridos en la tumba de Tut-ank-amón en la antigüedad.

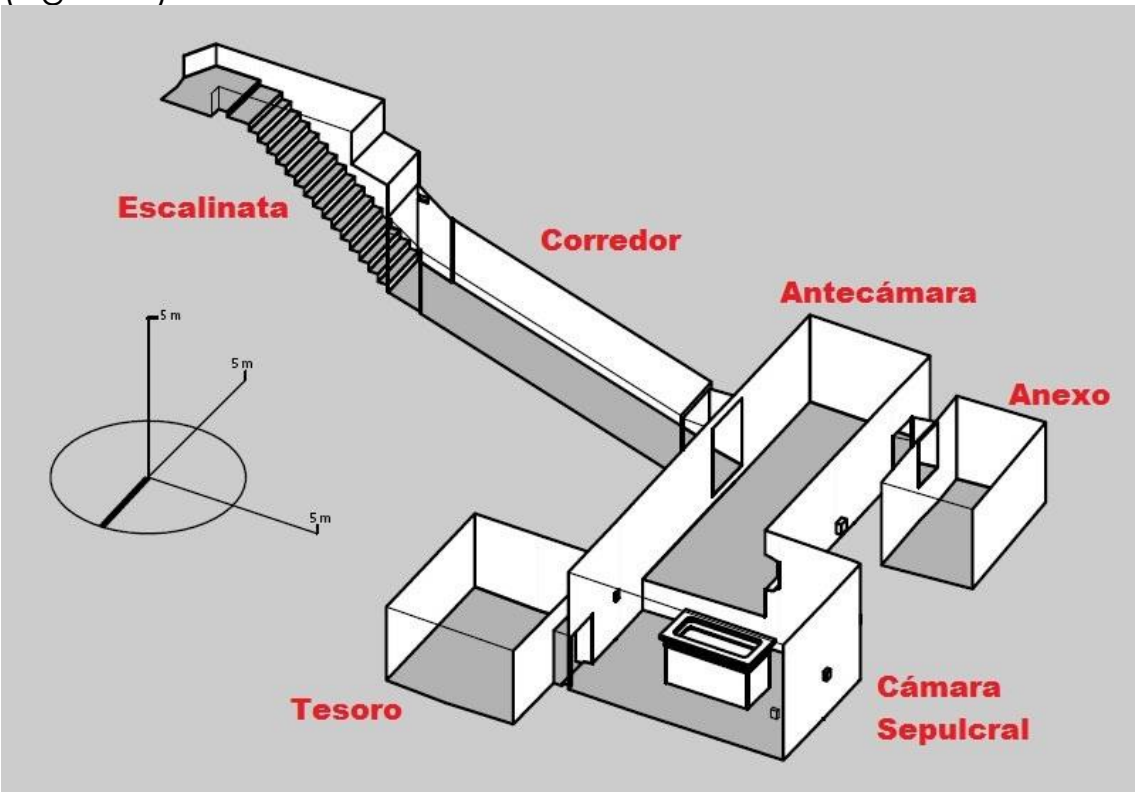
Habida cuenta de estas experiencias no debe sorprendernos la exhaustiva recolección de indicios que aún hoy nos permiten investigarlo. Cabe apuntar sin embargo que el interés de los arqueólogos en demostrar el saqueo de la tumba no fue solo científico ya que, por la legislación de la época, si la tumba hubiera estado "intacta" habrían perdido todo derecho sobre los objetos hallados.

Una última y especial mención para Harry Burton (1879-1940), que fue el fotógrafo de la expedición y a quien se deben centenares de fotografías realizadas en el transcurso del vaciado del tumba y que también ilustran el presente artículo. La intervención arqueológica se prolongó ocho años y se recuperaron 5.389 objetos. Fichas, informes y fotografías han sido digitalizados y pueden hoy consultarse en la web del Griffith Institute (http://www.griffith.ox.ac.uk/discoveringTut/), vinculado a la Universidad de Oxford. Gracias en gran parte a este material se ha podido realizar el presente estudio.

El escenario

La tumba (KV62[2]) está ubicada en el centro geográfico del "Gran Lugar": el ramal oriental del que hoy se denomina Valle de los Reyes, cerca del actual Luxor. Durante unos 500 años, la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo, fue el lugar donde se enterraron los faraones.

La tumba estaba destinada a un importante personaje, creyéndose era el entonces visir Ay. Habida cuenta de la inesperada muerte de Tut-ank-amón y exigiendo las circunstancias políticas y sociales no demorar el entierro más de lo estrictamente necesario, se decidió utilizarla por lo que tuvo que adaptarse y ampliarse. Aún así en comparación es mucho más pequeña de lo que correspondería a un faraón (Figura 1).



Tiene una **Escalinata** de acceso de dieciséis escalones de 1'68 metros de ancho. Le sigue un **Corredor** descendente de 8'08 metros de largo por 1'68 metros de ancho y 2 metros de alto. Al final del corredor, a unos 7 metros por debajo de la

[2] "King Vallley 62" siguiendo el sistema de numeración ideado por John Gardner Wilkinson en 1827.

superficie, se accede a una sala rectangular, que se la denominó **Antecámara**, de 7'85 metros de largo por 3'55 metros de ancho y 2'68 de alto. Orientada de norte a sur, en el extremo sur de su pared oeste hay una puerta por la que se accede a una cámara más pequeña, el **Anexo**, de 4'35 metros por 2'6 y 2'55 de alto. La pared norte de la Antecámara es en realidad un muro divisorio que la separa de la **Cámara sepulcral**: orientada de este a oeste hace 6'37 metros de largo por 4'02 de ancho y 3'62 de alto. Es la única decorada con pinturas. Una puerta baja en su pared este da acceso a la última de las cámaras, denominada **Tesoro** que es prácticamente cuadrada (4'75 metros de largo por 3'8 de ancho y 2'33 de alto).

Los Indicios

Los numerosos indicios materiales y conductuales de los robos comparten escenario con otros que se corresponden a los hechos que acabamos de secuenciar. Estos indicios, a menudo confundibles con los primeros, contaminan la escena y deben ser diferenciados para no alterar la interpretación de los hechos que nos ocupan.

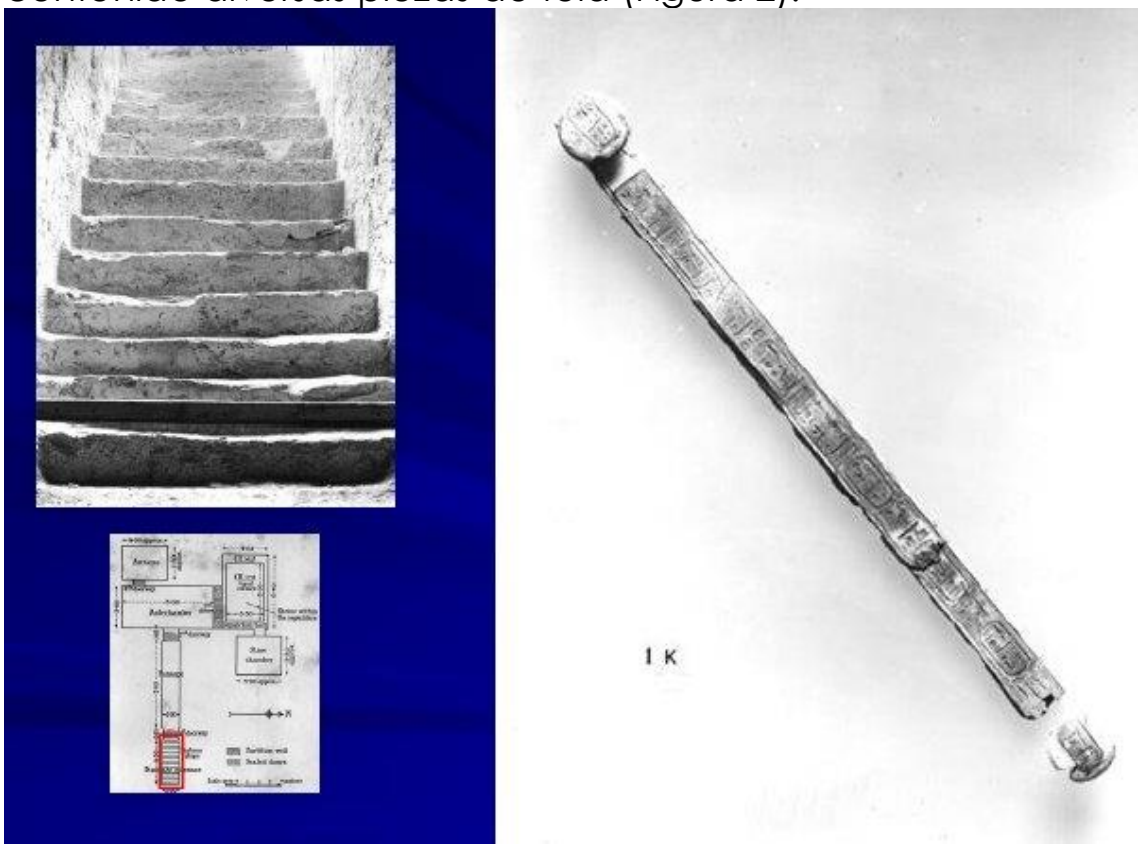
De este modo, entre estos indicios "contaminadores" podremos distinguir los relacionados con el entierro apresurado, las reparaciones de los robos y la intervención arqueológica.

Seguiremos a continuación los indicios de los robos por las distintas partes de la tumba en el mismo orden en la que se excavaron. El número que se da a los objetos relacionados es el asignado por Carter.

A.- Escalinata

Al desescombrar la Escalinata se encontraron objetos de cronología muy diversa. Especialmente, algunos fragmentos de cajas que obviamente deberían haberse hallado en el interior delatando a los arqueólogos que la tumba había sido saqueada, aunque no podía saberse entonces hasta que punto. Entre estos indicios había partes de dos cajas de madera. Una con el *nomen* de Tut-ank-amón (núm.1l) y otra

(núm.1k) de la que se encontró un listón con los nombres de los antecesores del faraón y un rótulo que informaba había contenido diversas piezas de tela (Figura 2).



B.- Corredor

En la puerta sellada del corredor se veía perfectamente, aunque restaurado, el agujero hecho por los ladrones en su ángulo superior izquierdo. La reparación tenía el sello de la administración de la necrópolis: un chacal sobre nueve cautivos. Había sido abierto y reparado en más de una ocasión.

Tras la puerta apareció el corredor completamente lleno de piedras y cascotes. El relleno mostraba en su esquina superior izquierda el uso de un material distinto (*sílex oscuro*, según Carter) respecto del resto (*cascotes blancos y limpios*). Indicio de la existencia de un túnel a través del relleno que había sido reparado.

En el relleno del corredor se encontraron numerosos fragmentos de la más diversa índole (loza, resina, metales,

tapones,...) y pequeños objetos (sellos de yeso, colgantes, anillos, …).

Especial atención a tres de los objetos:

Varios odres de piel para llevar agua que aparecieron en el suelo, bajo el relleno. No se especificó la cantidad y se les documentó como un solo objeto, el 6. Al principio, Carter consideró que "*evidentemente utilizadas para transportar el agua necesaria para enyesar las puertas*"[3]. Más tarde, sin embargo, apuntó la posibilidad de que pertenecieran a los ladrones y que los habrían llevado consigo para transportar los costosos aceites y ungüentos que había en el interior de la tumba[4].

Una cabeza de madera, enyesada y pintada, que representa al rey niño surgiendo de un loto (núm.8). Oficialmente se descubrió en el suelo del corredor. Sin embargo, una comisión egipcia para inventariar los objetos hallados en la tumba localizó esta figura en una caja para vino tinto Fortnum & Mason. Todo apuntaba a que se había sustraído por algún miembro de la expedición. La delicada situación se explicó como un descuido y la cabeza terminó documentándose como descubierta en el Corredor. De ser así, la habrían olvidado los ladrones y despreciado los funcionarios y sacerdotes que repararon los desperfectos. La argumentación no se sostiene, puesto que no era objeto de interés para los ladrones y los sacerdotes difícilmente habrían abandonado la representación del faraón bajo los cascotes. Según algunos investigadores, esta escultura estaba en realidad en la Antecámara. Todo señala que nos encontramos ante un indicio contaminador calificable incluso de bandera roja, dejado por los propios arqueólogos, responsabilizando así a los antiguos ladrones al tiempo que cubrían su "descuido"[5].

En el relleno también apareció una vasija ritual de cerámica pintada de azul (núm.9) sorprendentemente entera. No he encontrado que nadie lo pusiera en duda, pero este hallazgo parece tan inexplicable como el anterior (Figura 3).

[3] CARTER, H (1985), pág.48.
[4] CARTER, H (1985), pág.233.
[5] HOVING, T (2007), págs.342-350. ARES, N (2002), págs.32-22. DOUGLAS, JE y MUNN, C (1992).

El Corredor terminaba con otra puerta sellada con los mismos signos de reparación que la primera. Lamentablemente no existe documento gráfico de la misma, ya que la perturbadora emoción experimentada por los expedicionarios motivó la abertura inmediata de una pequeña brecha, dando lugar a uno de los momentos más emblemáticos de la Arqueología ("*¿Puede ver algo?*", "*Si, cosas maravillosas*"[6]) pero imposibilitando su documentación.

C.- ANTECÁMARA

El orden de los casi setecientos objetos que había en esta estancia era solo aparente. Un "ordenado desorden" en palabras de Howard Carter o un "caos organizado" como lo describió el egiptólogo Nicholas Reeves.

Cajas abiertas, objetos mal dispuestos, amontonados o fuera de lugar, fragmentos esparcidos por todas partes,…. . El estrecho pasaje central que podemos apreciar en las

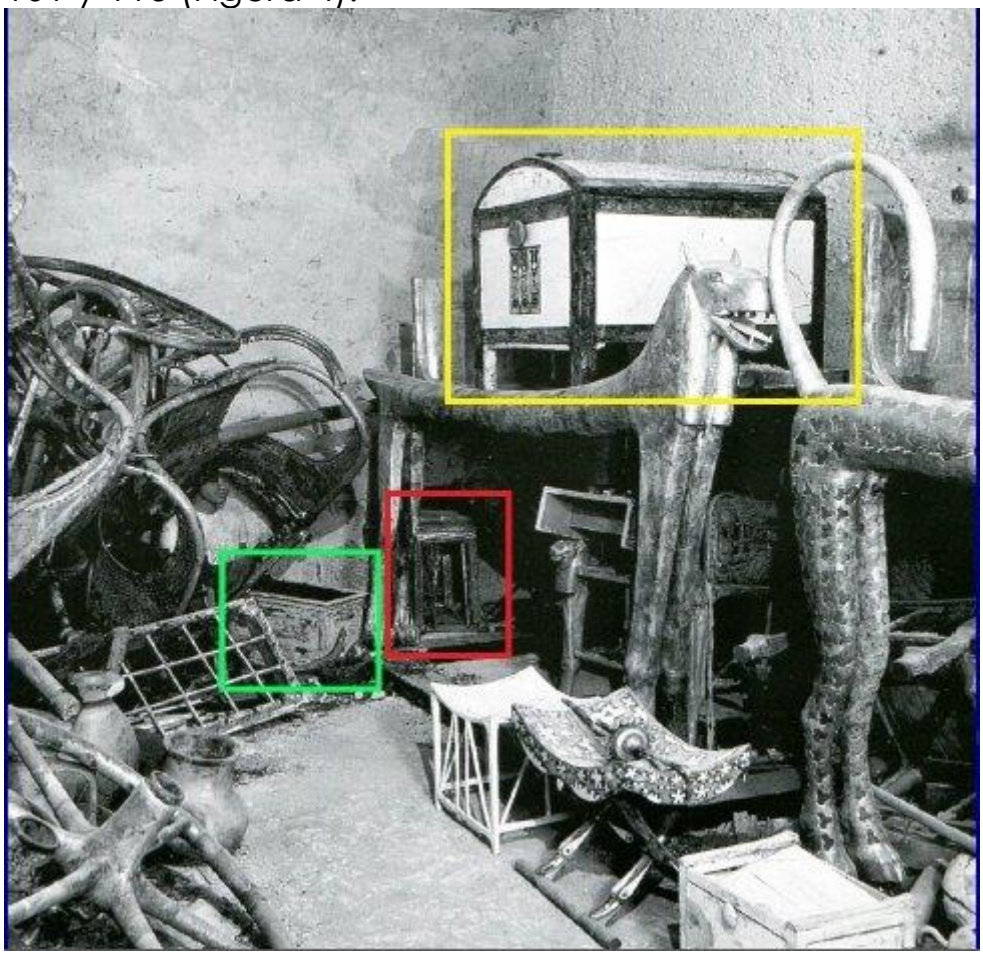
[6] CARTER, H (1985), pág.49.

primeras fotos que se realizaron de esta estancia era en parte obra de los arqueólogos para facilitar el trabajo y no cabe duda de que desplazaron y cambiaron de lugar algunos objetos.

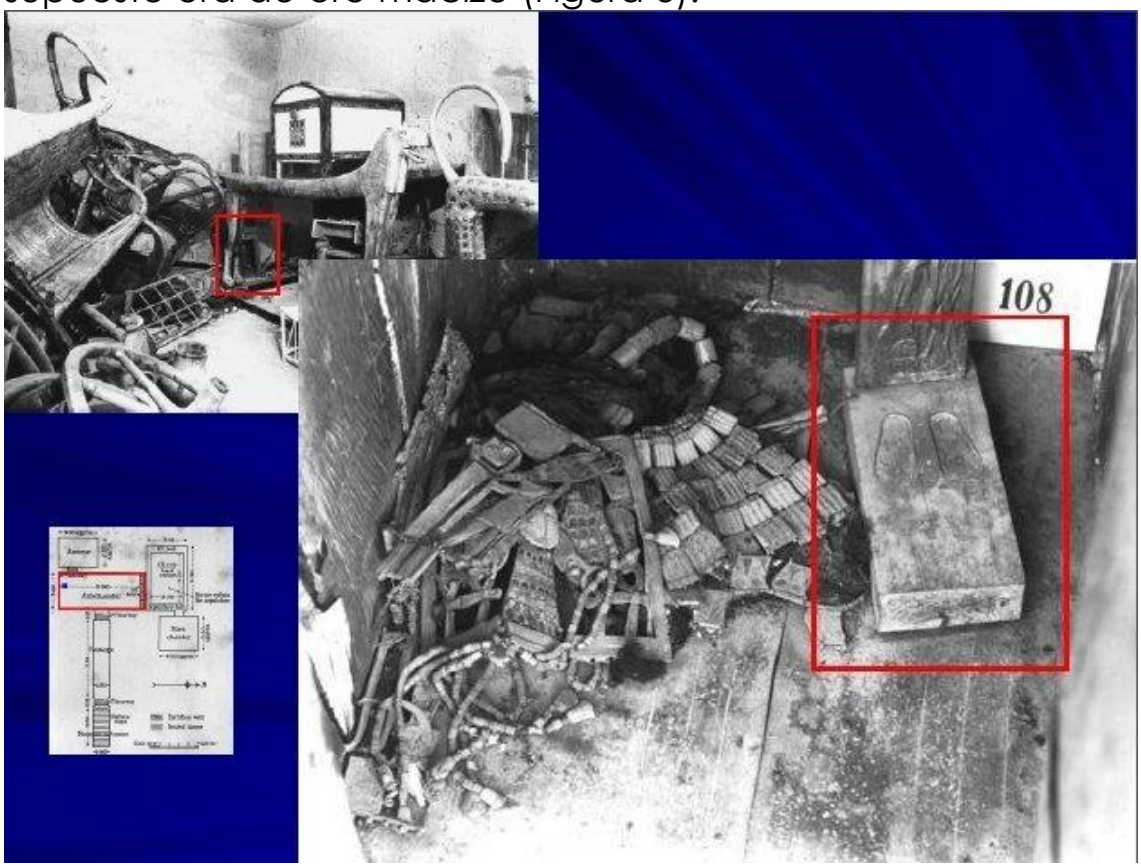
Se verifican múltiples indicios de la acción de los ladrones así como de las correspondientes reparaciones. Sin ser exhaustivo, destaco:

Las quince cajas, grandes y pequeñas, documentadas en la Antecámara habían sido forzadas y saqueadas de antiguo. Muy pocas conservaban en el interior su contenido original, habiendo sido reutilizadas durante las reparaciones para meter los más variados objetos que estaban dispersos por la tumba después de los robos.

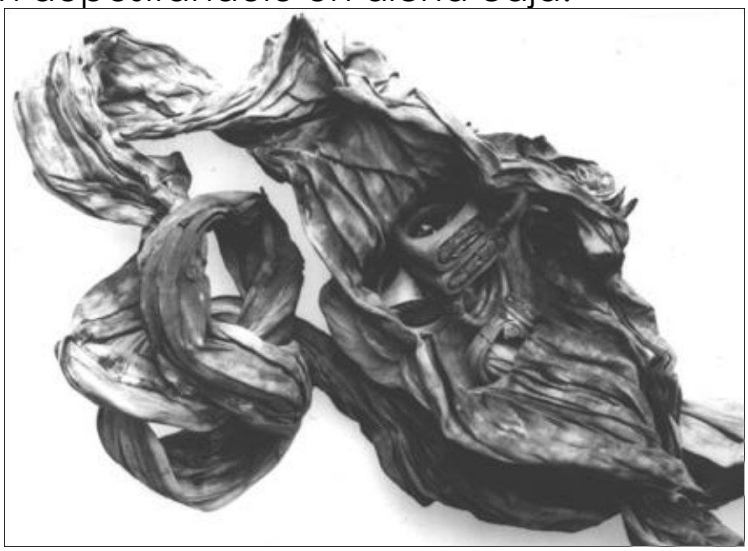
Un ejemplo es un pectoral, de oro, vidrios y piedras semipreciosas, que mayoritariamente se recuperó en la caja 54. Pero también se localizaron fragmentos entre el relleno del Corredor, el suelo de la Antecámara, el cofre 108 y las cajas 101 y 115 (Figura 4).



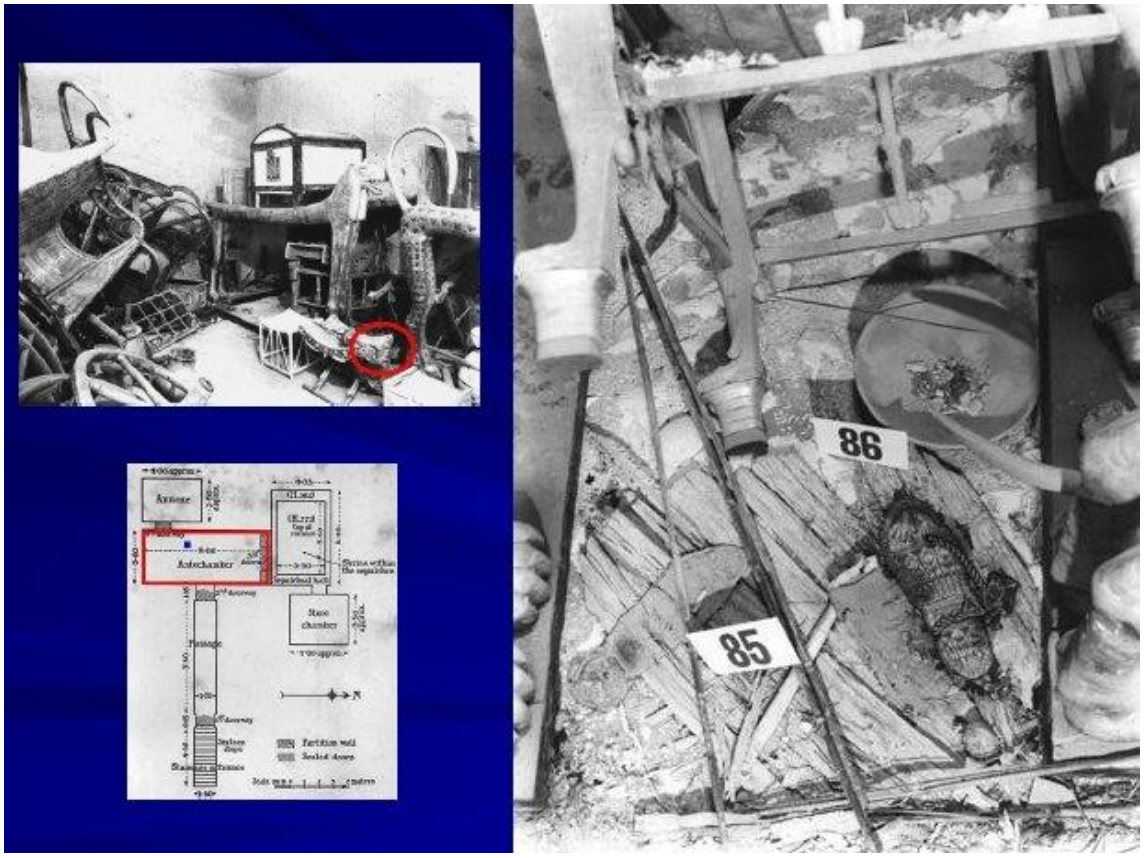
En el pequeño cofre 108, al lado de los reseñados fragmentos, había una peana de madera con marcas que delataban había sostenido una desaparecida figura que siempre se ha supuesto era de oro macizo (Figura 5).



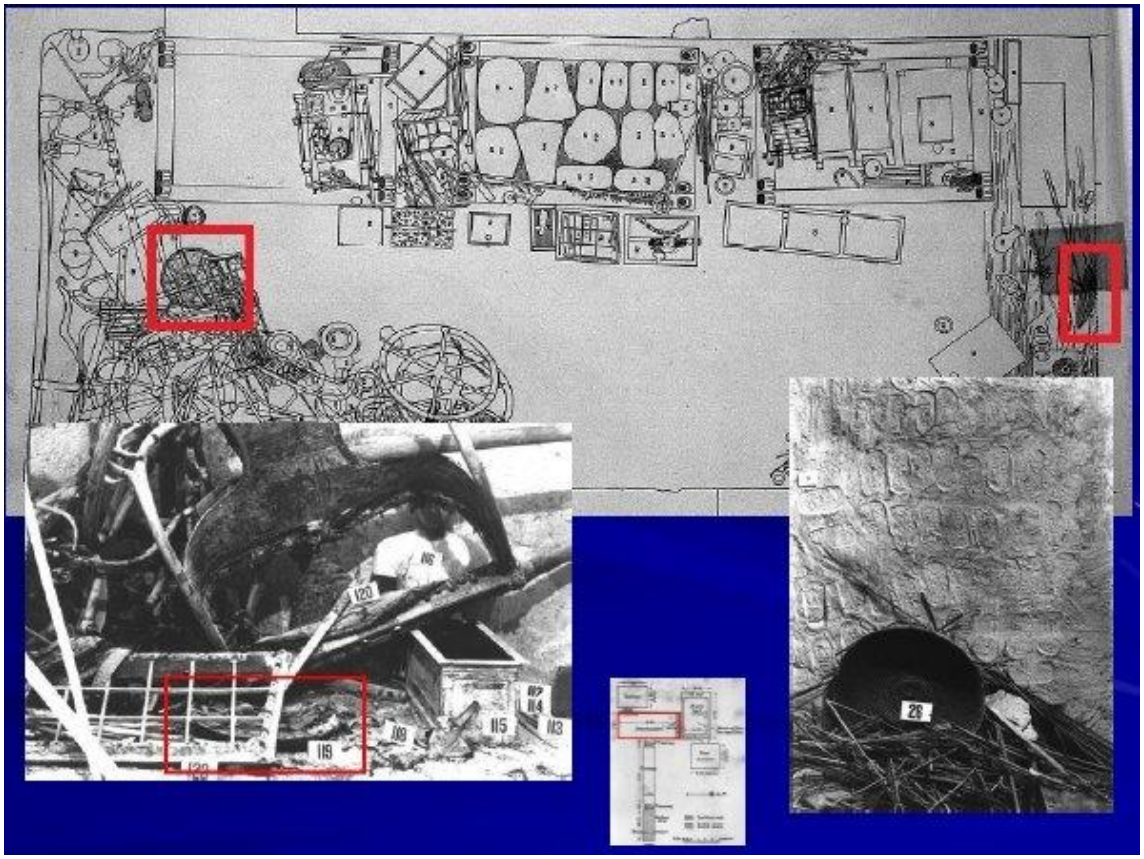
En la caja 44 se encontró una tela que envolvía ocho anillos de oro (Figura 6). Se ha interpretado que estaba en manos de los ladrones cuando se les sorprendió y los guardianes lo devolvieron depositándolo en dicha caja.



Los componentes de oro macizo de las sillas, tronos, camas y carros habían sido arrancados.
Los tapones de las jarras de calcita también habían sido arrancados y vaciado su contenido de aceites, muy valiosos en la época.
Entre dos de los grandes lechos rituales se halló un plato de cerámica (núm.86) que parece evidente no formaba parte del ajuar real. Posiblemente se utilizó como lámpara por los ladrones o el equipo de reparación (Figura 7).



Al cesto de juncos núm.119 le faltaba la tapa, que apareció en lado opuesto de la estancia (Figura 8). Precisamente esta tapa (núm.26) es la que se utilizó para cubrir el agujero que permitió el acceso a la Cámara sepulcral.



D.- CÁMARA SEPULCRAL

En el centro y a ras de suelo de la pared divisoria entre la antecámara y la Cámara sepulcral supuestamente los ladrones hicieron un agujero que fue reparado. Existe una fotografía de Harry Burton que lo muestra. Sin embargo, en 1978 Thomas Hoving dio a conocer una entrada clandestina que realizaron algunos miembros de la expedición arqueológica la noche del 26 de noviembre de 1922 (la apertura oficial no se hizo hasta el 17 de febrero de 1923). Para ello, aprovecharon el antiguo acceso de los ladrones sin haberlo documentado previamente. La mencionada tapa núm.26 se utilizó para disimular, junto con unas ramas de juncos, esta entrada. El mismo Howard Carter reveló a Alfred Lucas que él mismo la había reparado y sellado antes de que Burton la fotografiara. Otra lamentable contaminación.

Cuatro sepulcros encajados de madera dorada cubrían el sarcófago del faraón, ocupando casi completamente la estancia. Los ladrones únicamente habían forzado el primero,

descubriéndose el segundo todavía sellado: el sarcófago y la momia del faraón seguían intactos.
Los ladrones habían atravesado la Cámara hasta el Tesoro, donde sí intervinieron. En este corto espacio de paso, se recuperaron dos anchos collares (núm.172) que probablemente se les había caído a los ladrones.

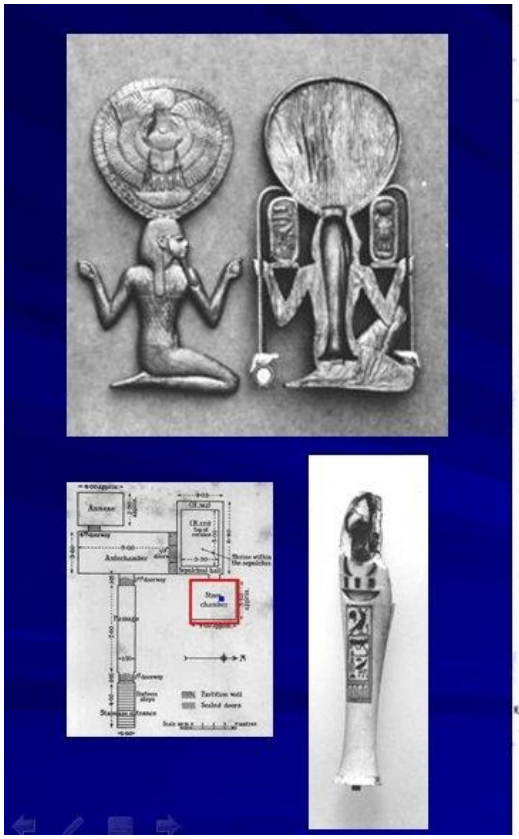
E.- TESORO

Al Tesoro se accedía por una puerta baja al este de la Cámara. Nunca fue cerrada y el acceso era libre aunque dominado por un gran cofre (núm.261) sobre el que había una majestuosa figura del dios Anubis, representado por un chacal de tamaño natural.

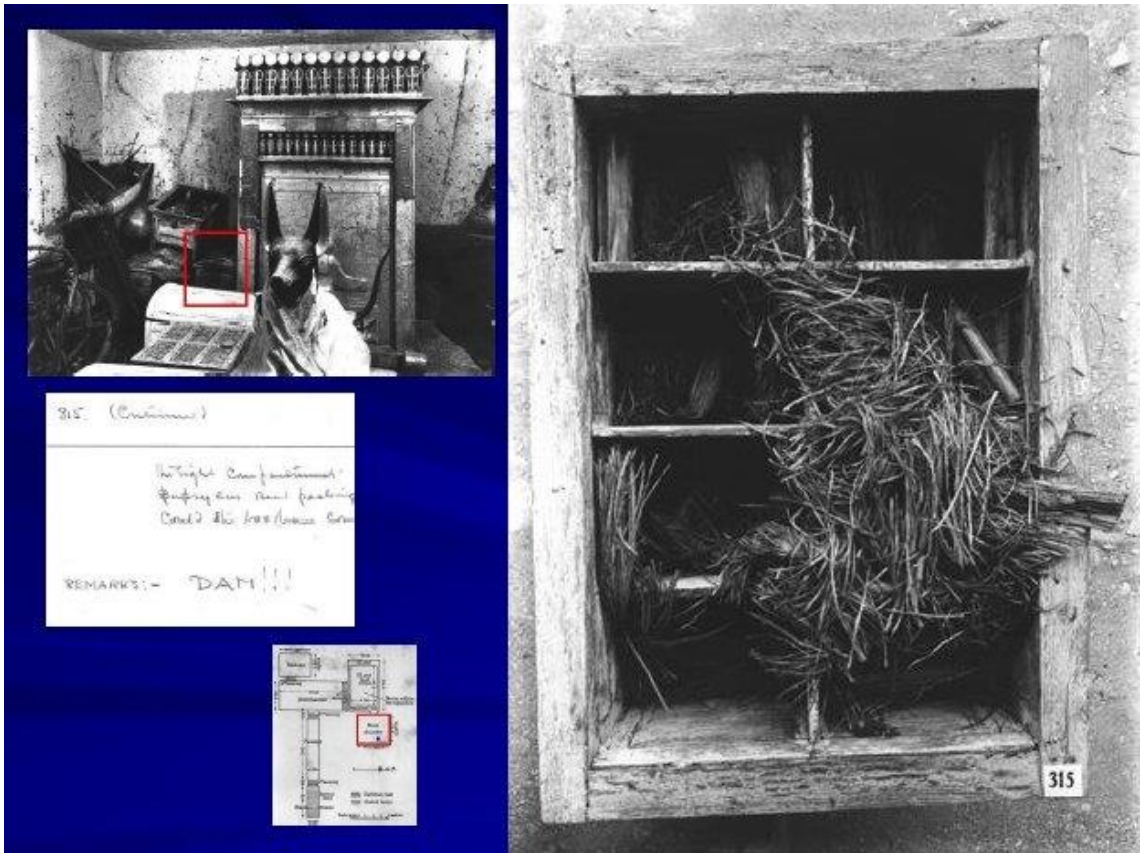
Esta estancia, así como el Anexo, no existía y se construyó rápidamente para alojar al faraón en la tumba. Todavía se encontraron en el suelo lascas de roca que dan testimonio de que probablemente aún se trabaja en su construcción cuando empezó a llenarse de objetos.

La estancia estaba presidida por la gran capilla canópica (núm.266), que contenía las vísceras del faraón, y la mayoría de los objetos tenían un acentuado carácter simbólico y religioso.

Una fila de cinco grandes cofres de joyas con sus cierres fracturados atestigüaban el expolio sufrido. En una de ellas (núm.271) se encontró una caja de espejo vacía. El mango del espejo se recuperó en la caja núm.54 de la Antecámara y el disco, probablemente de oro o plata, se lo llevaron los ladrones (Figura 9).



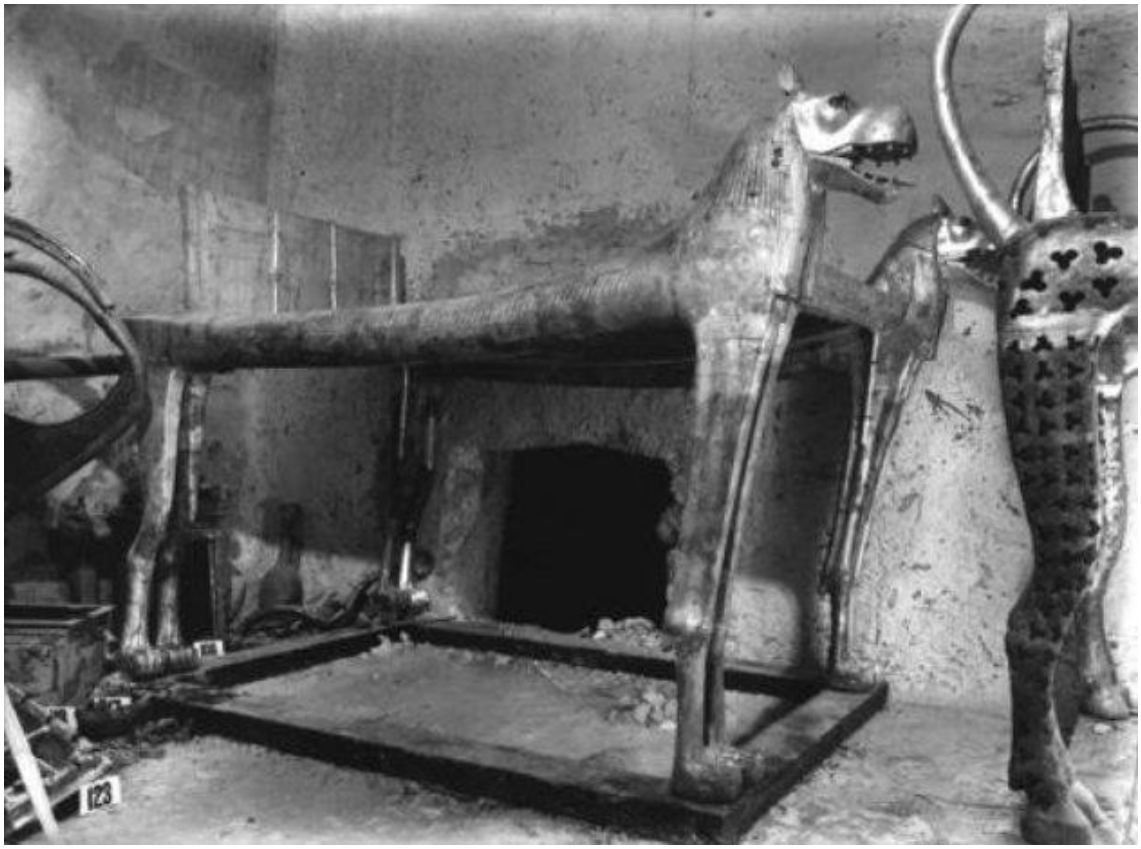
Carter estimó que el 60% de las joyas que contenía inicialmente la tumba fueron robadas. Las que se recuperaron se encontraron mayoritariamente en la inviolada momia.
El cristal era en la época de Tut-ank-Amón un material de lujo muy buscado. Prácticamente todo el que había contenido la tumba fue sustraído (solo se recuperaron tres pequeños vasos en la caja núm.32 de la Antecámara). La caja núm.315 del Tesoro probablemente había contenido recipientes de cristal pero estaba vacía. En su disgusto, Carter escribió en la ficha correspondiente, Maldición!!! ("DAM!!!") (Figura 10).



F.- ANEXO

Debemos regresar a la Antecámara para poder acceder a la última de las estancias: el Anexo.

Los ladrones accedieron a través de un agujero practicado en la puerta que había sido tapiada y sellada. Después de la última incursión no se reparó (Figura 11).



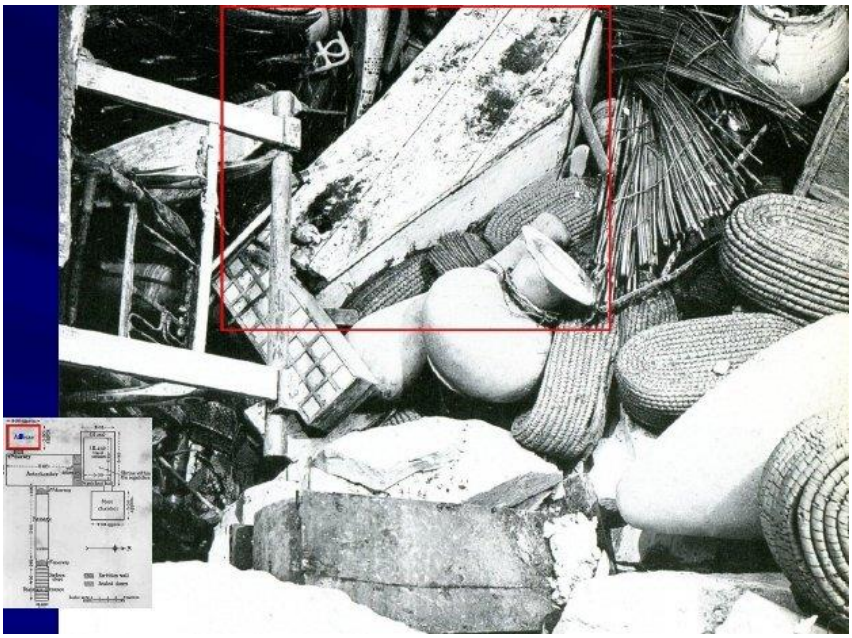
Howard Carter escribió que el estado en que encontraron el Anexo "*rehúye simplemente toda descripción. En la Antecámara había habido un intento de poner orden después de la visita de los ladrones, pero aquí reinaba la misma confusión en que la habían dejado*"[7].

A pesar de la mescolanza de objetos "*esparcidos uno sobre otro hasta extremos casi indescriptibles*"[8], los trabajos arqueológicos permitieron establecer que la función de esta estancia era de almacén para las provisiones, vinos, aceites y ungüentos. En consecuencia, gran parte de los objetos (más de dos mil, casi la mitad de los que había en toda la tumba) eran "intrusivos" –como los calificó Carter- en cuanto o bien los colocaron de inicio por falta de espacio en las estancias que les correspondía, los resituaron allí durante las reparaciones o la acción de los ladrones.

Los indicios se multiplican exponencialmente. Entre ellos, había tres muy destacables desde el punto de vista

[7] CARTER, H (1985), pág.55.
[8] CARTER, H (1985), pág.229.

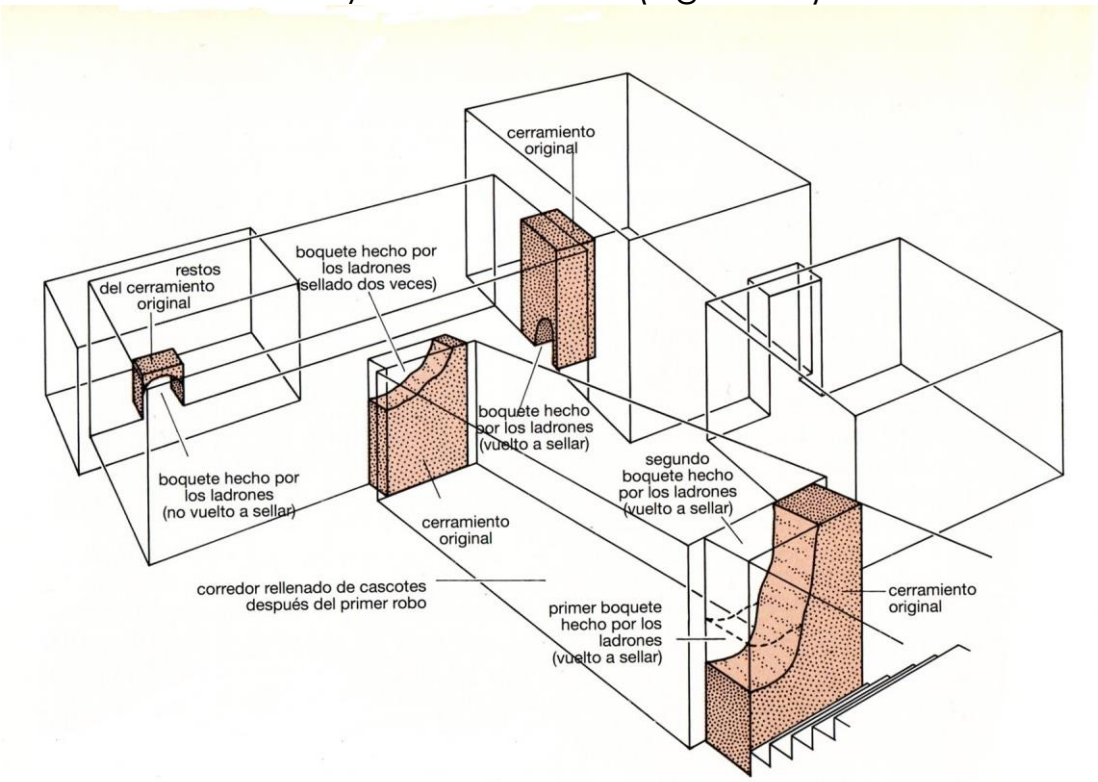
criminalístico: la gran caja pintada de blanco (núm.370) en cuya tapa "*podían verse las huellas mismas del último intruso*"[9] (Figura 12) y las vasijas de calcita 420 y 435 en cuyo interior quedaban las marcas de los dedos de los ladrones (Figura 13).



[9] CARTER, H (1985), pág.230.

III.- MODUS OPERANDI

Todos los investigadores coinciden con Carter en que hubo dos series diferenciadas de robos en la tumba, acaecidos en época faraónica. La secuencia de los hechos y modus operandi se han podido establecer en base a los múltiples indicios materiales y conductuales (Figura 14).



Habida cuenta del esfuerzo necesario y el tiempo limitado para llevar a cabo el robo, fue imprescindible la participaron directa de varias personas en ambos casos. Se ha estimado un mínimo de cuatro hombres por grupo.

El primer grupo, abrió un gran boquete que implicó prácticamente la mitad izquierda de la primera puerta sellada por la que se accedía al Corredor.

Recorrieron el Corredor en el que había depositados diversos objetos de carácter ritual (jarras y desechos que se atribuyeron a un banquete funerario).

Abrieron otro boquete en la segunda puerta sellada. Más pequeño que el primero, se situaba en la parte superior de la misma.

Para acceder al Anexo se abrió un tercer boquete que prácticamente ocupó toda la pequeña entrada sellada al mismo.
Hay desacuerdo entre los distintos autores sobre si los dos grupos llegaron a alcanzar todas las estancias. En principio, predomina de hipótesis de que solo uno llegó hasta el Tesoro, limitándose el otro a la Antecámara y al Anexo.
Quienes irrumpieron en la Cámara sepulcral lo hicieron a través de un cuarto boquete en la base de la puerta tapiada y sellada en la pared medianera que la separa de la Antecámara. El acceso hasta el Tesoro era libre, puesto que la entrada nunca su tapió.
En opinión de Carter, el primer grupo de ladrones estaba especialmente interesado en los metales. Se registraron las estancias sin miramientos, forzando las cajas en busca de joyas, se arrancaron las partes de sillas, camas y carros de oro macizo,…, al tiempo que se despreciaba y rompía lo que consideraban sin valor.
Probablemente fue este primer grupo el que empezó a utilizar el Anexo para llevar hasta allí las cajas y recipientes, forzarlos y facilitar la elección de los objetos. La cantidad de etiquetas recuperadas en el suelo de esta estancia parece corroborarlo.
Se cree que el grupo pudo entrar en la tumba en diversas ocasiones antes de que se advirtiera su actividad. Se ignora por completo si se les llegó a identificar.
La tumba se reparó. Guardianes, funcionarios y posiblemente sacerdotes se afanaron en limpiar y poner en orden el interior. Parece ser que se inventariaron de nuevo las cajas, reponiendo las etiquetas en las que relacionaron su contenido. Se descuidó sin embargo el Anexo, dejando incluso sin tapiar de nuevo el acceso.
Se reparó y selló la entrada de la Antecámara. En evitación de que se reiteraran los robos se tomó la decisión de rellenar todo el Corredor con cascotes. Los objetos del Corredor se trasladaron y depositaron en un pozo (KV54), situado a unos 200 metros de la tumba y hallado por el arqueólogo Ayrton en 1907. Hasta el descubrimiento de Carter se creía que este

pozo era todo lo que quedaba de la sepultura de Tut-ank-amón.
La primera puerta, que desde la Escalinata permite el acceso al Corredor, también se reparó.
A pesar de todas estas precauciones, no debió transcurrir mucho tiempo hasta que se sucedieron una segunda serie de robos. Se ignora si tenían o no relación con el primer grupo, aunque no se descarta que pudieran tratarse incluso de las mismas personas.
Abrieron de nuevo un boquete en la primera puerta, aunque más pequeño que el primero. Carter calculó que una cadena de hombres pasándose cestos de cascotes habría necesitado entre siete y ocho horas para abrir el túnel a través del relleno del Corredor. Se hizo siguiendo la esquina superior izquierda. Llegados a la segunda puerta reabrieron el boquete.
Según Carter, el interés de este segundo grupo eran los valiosos aceites y cosméticos. Se registró de nuevo la tumba, reiterándose las acciones del primer grupo. También se cree que actuaron más de una vez.
La reseñada tela envolviendo ocho anillos de oro, hallada en la caja núm.44 de la Antecámara, hace suponer que este segundo grupo fue atrapado en plena acción, en su huída o identificado. Podríamos elucubrar sobre una posible relación entre un pequeño vaso de loza con el *prenomen* del faraón[10], localizado en 1905 "*bajo una piedra*" por Ayrton a unos 150 metros de la tumba, y su captura. En todo caso, se les detuvo con gran parte del botín todavía en su poder.
La tumba volvió a repararse aunque de forma más precipitada que la primera vez. Las cajas se rellenaron con toda clase de objetos sin considerar que realmente les correspondiera. De este modo, partes de un mismo objeto se descubrieron en cajas y lugares diversos. Las cajas quedaron abiertas, sin etiquetar.
Se repararon los boquetes y rellenó el túnel. La tumba se selló y no volvió a abrirse hasta 1922.

[10] Prácticamente idéntico a otros dos encontrados en la caja 54 de la Antecámara (núms.54u y 54t).

IV.- INFORME FINAL: Autores e instigadores

Hubo cierta polémica en cuanto a determinar cuándo sucedieron los robos. En un principio, Carter y Carnarvon dieron por supuesto que se produjeron unos doscientos años después del entierro, en un período en que el poder de los faraones estaba muy debilitado y se han documentado numerosas acciones similares. Sin embargo, los indicios fueron imponiéndose. El estudio de James H. Breasted de los sellos encontrados en la tumba[11], el interés de los ladrones por los grasientos ungüentos perecederos,… abogan por la contemporaneidad de las acciones.

En la actualidad, se considera que la primera serie de robos y reparación de los mismos tuvo lugar durante el reinado de Ay (1323-1319 aC) y la segunda también durante este mismo período o en los primeros años de reinado de Horemheb (1319-1307 aC). En cualquier caso, antes de que este último faraón iniciara la *damnatio memoriae* contra Tut-ank-amón, momento a partir del cual no habría tenido excesivo interés en la reparación.

Algunos indicios apuntan a que Maya, funcionario de la necrópolis, fue el supervisor de las reparaciones así como posiblemente el arquitecto de la tumba[12].

Si hasta ahora hemos utilizado el método deductivo para realizar hipótesis sobre la posible autoría de los robos deberemos acudir al inductivo.

El robo de tumbas faraónicas no empezó con Tut-ank-amón. Mil doscientos años antes consta documentado el robo de la tumba de Hetepheres, madre del faraón Keops (2589-2566 aC), existiendo pues una larga tradición. La elección del Valle de los Reyes como necrópolis se debe en gran parte para garantizar la seguridad de las tumbas. Aún así, la de Tut-ank-amón es la más intacta que nos ha llegado.

Es en época del faraón Ramsés IX (1127-1109 aC), cuando nos constan mejor documentados los robos de tumbas reales. A través del contenido de diversos papiros –Abbott, Amherts y Leopold II- repartidos por Museos de Gran Bretaña y Bélgica,

[11] HOVING, T (2007), pàgs.137-138
[12] REEVES, N (1991), pàgs.31 y 97

se han podido reconstruir distintos procesos judiciales contra ladrones de tumbas.

Los autores que han profundizado en el tema plantean la posibilidad de la implicación en un caso, ocurrido el 1120 aC, de Paura –entonces alcalde Tebas occidental- incluso con la complicidad del visir Kha-em-wast. El alcalde no tuvo reparos en entregar una lista con el nombre de los presuntos ladrones que inmediatamente fueron detenidos. El denunciante, Paser –alcalde de Tebas oriental- fue acusado de perjurio y no volvió a aparecer en documento alguno. En cambio, se ha constatado que diecisiete años más tarde Paura seguía como alcalde y jefe de policía.

Apenas transcurrido año y medio de este proceso el saqueo de una tumba en el Valle de las Reinas comportó la detención de ocho personas. Nos ha llegado el nombre y oficio de cinco de ellas: el cantero Hapi, el artesano Iramen, el campesino Amenenheb, el aguador Kemwese y el esclavo negro Ehenefer.

En definitiva, se concluye que los robos eran llevados directamente a cabo por personas que habían participado en la construcción de tumbas y conocían su estructura así como la disposición de los objetos en su interior. Como todas las tumbas mantenían unos parámetros similares, tenían la experiencia y los medios que les permitía llevar a cabo este tipo de robos. Solo les faltaba tener la oportunidad.

Así mismo, parece constatarse que detrás de estos ladrones posiblemente estaba la complicidad e instigación de personajes importantes, quienes finalmente serían los principales beneficiarios del botín.

Inductivamente, aunque sin poder afirmar nada, puede plantearse una situación parecida en los robos de la tumba de Tut-ank-amón. Carter mencionó en más de una ocasión que los ladrones debían conocer muy bien la tumba. Posiblemente se llevaron a cabo por parte del mismo equipo que la construyó, amplió, dispuso y hasta reparó. Profundizando en el estudio de los indicios y nuevos descubrimientos permitirán que algún día podamos saberlo.

En cuanto al destino de los ladrones atrapados, según Strouhal[13] las penas podían ser de mutilación, exilio a Nubia o algún oasis del oeste, así como trabajos forzados en minas y canteras. De todos modos, el robo de una tumba faraónica solía comportar la pena capital que podía cumplirse empalando al reo, quemándolo vivo, ahogándolo en agua o decapitándolo. Les penas iban acompañadas de la pérdida de categoría laboral así como de todas las propiedades y, por regla general, el borrado de su nombre en la tumba que tuviera construida. También se creía que cualquier ofensa contra el orden establecido (*maat*) merecía el castigo divino en forma de fracaso, pobreza, enfermedad, ceguera, sordera o muerte, mientras que el ajuste final de cuentas esperaba en la Corte de los Muertos.

BIBLIOGRAFIA

ARES, N (2002), "Los tesoros perdidos de Tutankhamón" en Dossier Especial Aniversario Tutankhamón. Revista de Arqueología del siglo XXI, núm.259, págs.,26-33. MC Ediciones. Madrid.

CARTER, H (1985), La tumba de Tutankhamón. Biblioteca de la Historia núm.9. Ediciones Orbis, SA, 288 págs. Edición original de 1923-33. Barcelona.

DOUGLAS, JE i MUNN, C (1992), "Violent Crime Scene Analysis: Modus Operandi, Signature and Staging" a FBI Law Enforcement Bulletin Febrero 1992. Internet, http://www.crimeandclues.com/92feb003.html.11 págs. Quantico, Virginia

HOVING, T (2007), Tutankamón. La historia jamás contada. Ed.Planeta, SA. Edición original de 1978. 427 págs. Barcelona.

MALEK, J (2008), "Notes on the robberies by Howard Carter, Alfred Lucas and Lord Carnarvon" a Griffith Institute. 9 págs. Oxford. Edición original de 1923. Internet: http://www.griffith.ox.ac.uk/gri/4robbery.html

REEVES, N (1991), Todo Tutankamón. Ediciones Destino, SA. Edición original de 1990. 224 págs. Barcelona.

STROUHAL, E (1994), La vida en el antiguo Egipto. Edicions Folio, S.A. 278 págs. Edición original de 1992. Barcelona.

[13] STROUHAL, E (1984)